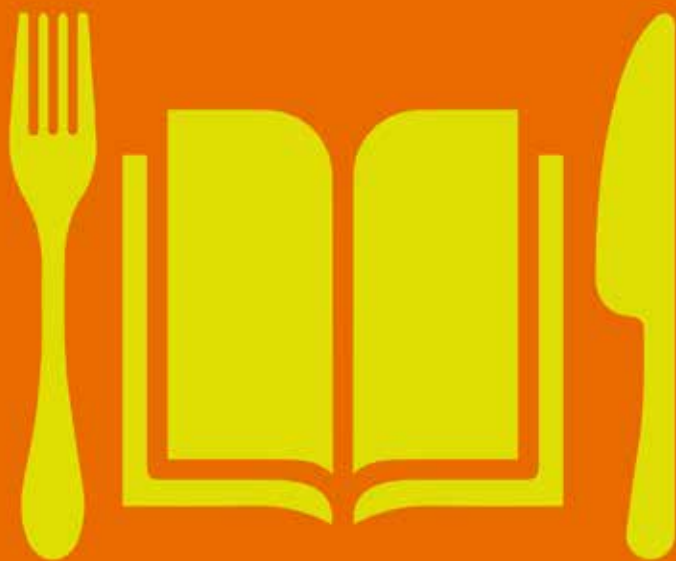


Javier Gomá

Fuera de carta

Degustaciones filosóficas



Galaxia Gutenberg

Javier Gomá

Fuera de carta

Degustaciones filosóficas

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2025

© Javier Gomá Lanzón, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 10782-2025
ISBN: 979-13-87605-24-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

DEGUSTACIONES FILOSÓFICAS.	9
I. FUERA DE CARTA TENEMOS	17
Chuparse el dedo	19
Peso ideal	23
Retrete	27
Blanco y en botella	31
Meditación del cadáver	35
Literatura maleducada	39
Una fragilidad invencible	43
Ricos, buenos y... enfadados	47
Ojo clínico	51
Vas lento	55
Teoría general del acto público	59
Con esperanza y con miedo	63
El premio apremia	67
Fundamento de la moral.	71
Un respeto al tenedor	75
Longevidad	79
Manto y mapa	83
Vendo oro	87
Rey de sí mismo	91
Falso problema.	95
Discurso de tu vida.	99

La esperanza de Alcibíades	103
Amistad por encima de la justicia	107
Vacaciones de realidad	111
Exhortación a una vida filosófica mejor	115
Ley de vida	119
Beatería cultural	123
La suerte del guapo	127
Gastar bien	131
Inteligencia colectiva	135
Sobre un arte interesante	139
Déjanos en paz	143
Brindis	147
 II. LOS CLÁSICOS DE NUESTRA CARTA	 151
Platón	153
Aristóteles	163
Séneca	173
Kant	181
Ortega y Gasset	195

DEGUSTACIONES FILOSÓFICAS

El título del libro, tomado en préstamo de los usos de la restauración, prepara al lector para ese toque particular que ha querido darse a los pensamientos que contiene.

Sin el diario sustento el cuerpo desfallece, por lo que una de nuestras funciones más elementales es alimentarnos. Como en las sociedades modernas esta necesidad de mera supervivencia suele estar ya colmada, procuramos convertirla en un exceso lujoso desarrollando el gusto por la buena cocina. No nos basta con no morirnos de hambre, sino que nos recreamos en las ganas de comer por el placer de satisfacerlas. Sentarse a la mesa del restaurante equivale entonces a una fiesta del espíritu no menos que de los sentidos. Y, en esa expectativa de deleite que nos acomete antes de comunicar al camarero los platos elegidos, a veces se acerca el *maître* y nos informa con aire confidencial de que, además de lo que hay en la carta, fuera de ella puede ofrecernos otras elaboraciones creadas por el chef especialmente para ese día con productos frescos de temporada comprados a primera hora en el mercado. Lo que está «fuera de carta» sugiere, pues, una oportunidad de salirse de la cocina acostumbrada para probar formas alternativas, posiblemente más personales, de complacer al comensal.

Este libro se titula *Fuera de carta* porque, entendiendo por carta nuestra milenaria tradición filosófica, lo que

aquí se presenta, al margen de ese ilustre canon, expresa únicamente el pensamiento de su autor. Por continuar con el símil culinario, propone platos cocinados con ingredientes procedentes de su propia despensa y conforme a una receta que es sólo suya. Asume la premisa, que inspira su literatura desde la primera obra, de que todos los hombres y las mujeres del planeta, por el hecho de vivir y envejecer, interpretan el mundo y concluye que esa interpretación natural es ya genuinamente filosófica. Premisa y conclusión –la filosofía es un universal antropológico, como el tiempo, el amor, la muerte, de suerte que siempre que uno se encuentre con lo humano se darán forzosamente esas propiedades– señalan una dirección inequívoca a quienes deseen escribir filosofía: los mejores libros serán aquellos que contribuyan a perfeccionar la interpretación del mundo de la gente haciendo su vida más densa, más significativa, más gozosa, más digna de ser vivida.

La vida que vivimos es más grande que nosotros mismos, desborda por todas partes nuestra patente insuficiencia. Conscientes de nuestra indefensión, estamos ávidos de buenas interpretaciones que nos asistan a la hora de comprender lo que nos pasa y, comprendido, amar nuestro extraño destino, atravesado de una dignidad trágica. Aquí es donde entran en juego las treinta y tres meditaciones que conforman la primera parte de *Fuera de carta*: su cometido es comunicar al lector ideas nutritivas y ricas en sabores que hagan más sabroso el bocado de su vida. Algunas tienen un acento cívico, más lírico otras, pero todas sin excepción deben ser entendidas como modulaciones de un mismo elogio razonado y sostenido de la común dignidad humana.

Y de igual manera que podemos alimentarnos en soledad pero la comida es un acto preferentemente comunita-

rio, y no es sólo que nos guste comer con otro, sino que en compañía el plato nos sabe mejor, sin olvidar que, una vez terminado, propicia la buena sobremesa, cuando la digestión, desatando la lengua, invita a una mayor complicidad entre los que han saciado su hambre, así también los mejores libros de filosofía, concebidos y compuestos en solitario, son aquellos capaces de superar el examen de sociabilidad o, lo que es lo mismo, de mundanidad. La filosofía que aquí se practica –una que asume enteramente su condición literaria– quiere ser tres veces mundana y hablar *sobre* el mundo, *para* todo el mundo y *con* un poco de mundo, dando a este tercer mundo *con* el que habla el significado de ese tacto, ingenio, gracia, juicio, modales y buen tono que se adquieren en sociedad. He aquí el momento público de la filosofía, donde pulsa una lira de la que está privada la prosa científica. Pruébese a declamar en alto esta clase de literatura conceptual: cuando, cambiando la palabra escrita por la hablada y al lector por el oyente, se hace manifiesta a la vista de todos la felicidad del concepto, entonces la filosofía dicha es también dichosa. Si el elogio de la dignidad humana que entonan las presentes meditaciones superase tan dura prueba, este libro habría alcanzado su meta.

La brevedad no es accidente, es esencia. Los microensayos reunidos en mi anterior libro *Filosofía mundana* tenían mil palabras, los textos de *Fuera de carta* aún menos, seiscientas treinta. Esta progresiva depuración verbal, ejercitada con ánimo altruista, emula a Gorgias, el sofista griego, quien, en el diálogo platónico que lleva su nombre, se declaró invencible en el arte de economizar palabras:

Precisamente esa es una de las cosas que afirmo: que nadie sería capaz de decir las mismas cosas en menos palabras que yo (*Gorgias*, 449 c).

Explayarse es fácil, abreviar difícil, decir lo que quiere decirse de modo conciso exige trabajo. El escritor que se toma esa molestia, gasta su tiempo para ahorrarle al lector el suyo. De ahí vienen esas *degustaciones* del subtítulo, que denotan una cata o un soboreo corto de un manjar que gusta pero no empacha. Esa voluntad de ahorrar palabras y tiempo llama a una forma específica de razonar: menos erudita, menos divagatoria, más directa e impaciente, con prisa por exponer en estilo limpio y claro el concepto que desea transmitirse, urgencia que está en consonancia con la aceleración de un tiempo como el nuestro en el que la tecnología ha desatado una lucha total y sin cuartel por la atención de sus usuarios. Si la verbosidad fuera y el amontonamiento de citas de autoridades disimulan demasiadas veces la ausencia de pensamiento, la fugacidad atencional de las últimas tendencias de la cultura, devoradora de contenidos mínimos, no debe ser tampoco coartada para la banalidad filosófica, sino, al contrario, apremio por llegar pronto y sin rodeos a la idea, la cual, si realmente vale, aunque expuesta sin adorno, se hará respetar por sí misma no menos que si fuera objeto de un extenso tratado.

Ahora bien, esas ideas no brotan ya armadas y sin madre, como Atenea de la frente de Zeus, sino en fecunda interacción con los otros y, dentro de esa sociedad, resulta particularmente incitante la conversación con quienes han pensado antes con mayor conciencia, los clásicos de la filosofía, denominados así porque, por mucho tiempo que haya transcurrido desde que compusieran su obra literaria, siglos o milenios, siguen siendo nuestros contemporáneos. La segunda parte de este libro, *Los clásicos de nuestra carta*, convoca a cinco de ellos –Platón, Aristóteles, Séneca, Kant y Ortega y Gasset– y, con simpatía pero sin beatería, propone sendas presentaciones de sus

obras completas en unos artículos más extensos que los de la primera parte a fin de dar cuenta de la amplitud y riqueza de su visión filosófica.

Las dos veces que mantuve una columna periódica en la prensa cultural fueron tomadas como ocasión de un libro futuro, maduro en mi mente, que progresaba por entregas en paralelo a otro, de carácter monográfico, en el que trabajaba al mismo tiempo. Durante los tres años de colaboración con el suplemento literario *Babelia* del diario *El País*, que dio como resultado *Filosofía mundana*, escribí *Necesario pero imposible*, la última entrega de la *Tetralogía de la ejemplaridad*. Lo mismo una década después: la primera parte de *Fuera de carta* se compone de las treinta y tres colaboraciones mensuales firmadas a lo largo de otro trienio en la revista *El Cultural* editada por *El Español* mientras daba forma y mandaba a la imprenta *Universal concreto. Método, ontología, pragmática y poética de la ejemplaridad*, última y definitiva síntesis del tema estudiado en la *Tetralogía*. En ambos casos, la columna terminó por la importante causa de que todo iba bien, pues —como argumento en *Brindis*— conviene dejar las cosas cuando están en su *prime* sin esperar a su inevitable decadencia.

En el capítulo de agradecimientos, me complace mencionar en primer lugar a Manuel Hidalgo, que fue quien me abrió las puertas de la revista ya en las primeras palabras que pronunció nada más sentarse a la mesa del restaurante donde nos habíamos citado: «Tú no lo sabes, pero vas a empezar a escribir en *El Cultural*», me dijo, y yo asentí. La gratitud que le debo por su invitación, que ha dado lugar a este libro, se extiende a Alberto Ojeda, Paula Achiaga y a Nuria Azancot. Los ensayos nominativos de

la segunda parte proceden de tres lugares: los de Platón, Aristóteles y Ortega y Gasset de *Cultura/s*, suplemento cultural de *La Vanguardia*; el de Séneca de *Babelia* y el de Kant de *Revista de Occidente*. También me es muy grato dar las gracias a Sergio Vila San Juan, Guillermo Altares, Fernando Vallespín y Juan Claudio de Ramón por la hospitalidad que, respectivamente, me brindaron en los mencionados lugares y que los hace, aunque exentos de responsabilidad, cooperadores necesarios de este friso de grandes pensadores.

Y ahora, amigos de la filosofía, sed tan amables de ocupar vuestro sitio en la mesa porque la comida está servida.

I

FUERA DE CARTA TENEMOS

Chuparse el dedo

Algunas palabras de nuestra lengua significan asombrosamente una cosa y la contraria: ahí están «dichoso», «huésped», «lucrativo», «vacar» o «collado». Otras veces conviven en la misma voz acepciones muy heterogéneas. Véase el sintagma «chuparse los dedos», con el que se da a entender que los manjares que está gustando el hablante son tan sabrosos que le dan ganas de lamer los restos impregnados en su mano, mientras «chuparse el dedo», en singular, designa un hábito infantil bien conocido y, en negativo, «no chuparse el dedo», es fórmula de suficiencia de quien se esfuerza por diferenciar su opinión de otra reputada más simple.

Mi antichupador preferido es un asiduo del casino de Vetusta: Paco Vegallana, el marquesito. Para argumentar por qué la Regenta, aunque casada, debe deponer sus melindres y meterse en la cama con el seductor oficial de la provincia, exclama: «¡Esta es la moral positiva! [...] Sí señor, la moral moderna, la científica, y eso que se llama el Positivismo no predica otra cosa». Clarín escruta socarrón su pensamiento: «Creía Paco que así hablaba la filosofía de última novedad» y que «el saber estas cosas no es para chicos». Los marquesitos de este mundo –positivistas, científicos y modernos– nos impresionan con proposiciones audaces, exentas de tierno sentimentalismo: ¿Dios? Personaje de ciencia ficción. ¿El amor? Sexo

sublimado. ¿La moral? Trampa del instinto de supervivencia. ¿La belleza? Martingala de las neuronas. ¿Democracia? Esclavitud camuflada. ¿Filantropía? No me hagás reír: desgravaciones. Es lo que hay, chico, no le des más vueltas.

Sobre la cuestión ahora tan candente de si hemos aprendido algo de la fatídica pandemia, los marquesitos de turno suspiran para armarse de paciencia y recurren al «hablemos en serio», su estribillo más socorrido. Después sentencian: cuando el virus desaparezca, volveremos al mundo de antes sin haber aprendido nada.

¿Tiene razón el del casino?

Si se compara un viernes con el viernes de la semana anterior, la tiene. Pero si se compara un viernes de 2022 con otro de 1922, la pierde. Son tan conocidos los cambios culturales, además de materiales, producidos en Europa en el último siglo que no hace falta hacer la lista. La Humanidad cambia y, aunque con desesperante lentitud y no pocos retrocesos, genéricamente progresa, lo que quiere decir que, de hecho, sí aprende lecciones. Por supuesto, no una lección conceptual, como la que se estudia en un libro, ni moral, el florecimiento instantáneo de una costumbre virtuosa. Se trataría de un aprendizaje sentimental, como el que sigue a esos acontecimientos trascendentales en la vida de una persona: un gran amor, la muerte de un hijo, una larga enfermedad. Después de eso, el mundo sigue igual pero la persona en cuestión ya no. Los lances traumáticos son propicios para esta mutación íntima porque durante la ruptura de la cotidianeidad se abre el corazón a emociones desconocidas mientras está absorto en la monotonía de los días.

La pandemia es uno de esos lances: ha puesto en peligro a la especie humana derramando sobre sus miembros un dolor ingente. Seguro que no hemos pasado por ella

en vano. Claro que volveremos a la normalidad de antes y que será el de siempre el mundo ahí fuera, pero quienes, por dentro, habremos cambiado sustancialmente seremos nosotros, que ya no sentiremos lo mismo, una diferencia que quizá no se note de un viernes a otro, pero sí en veinte o cien años, cuando broten por sorpresa inesperadas costumbres y conceptos novedosos.

Al final, mira por dónde, resulta que los marquesitos simplifican demasiado las cosas. Son como niños jugando a ser adultos. Se privan de lo bueno y encima están equivocados. Tú hazme caso y no te saques el dedo de la boca y, respecto al manjar de la vida, chúpate los dedos todo lo que puedas.